

QUITO: INSPIRACIÓN Y PERSONAJE LITERARIO

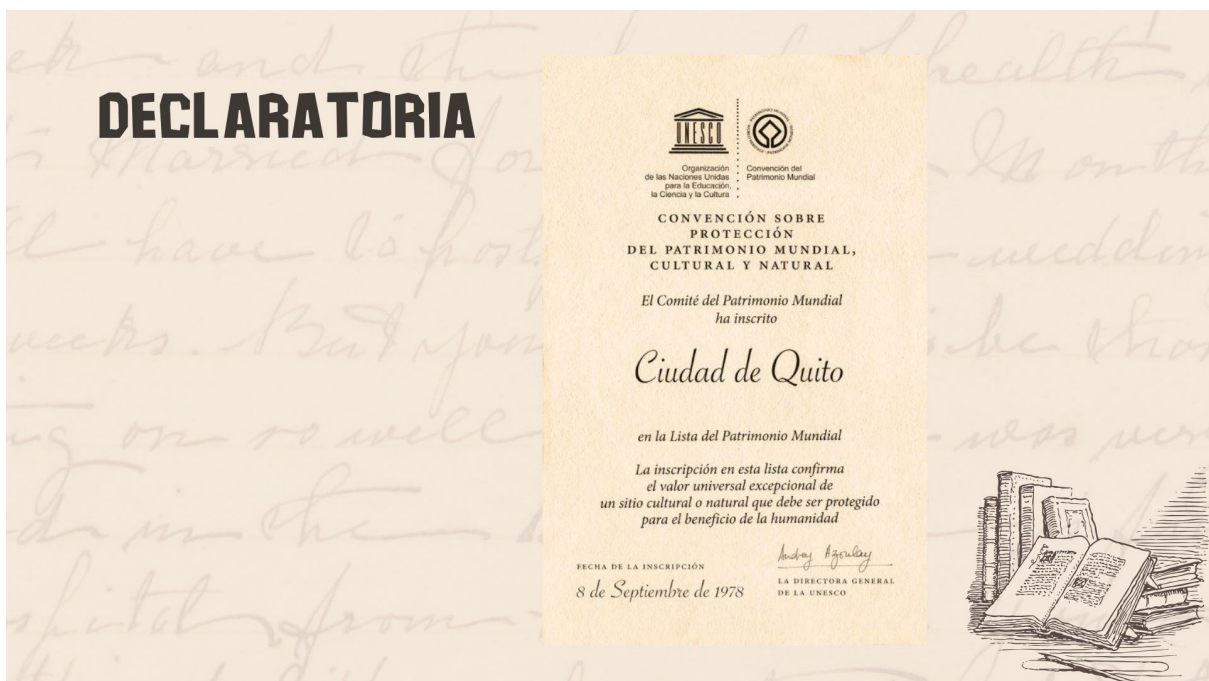
Recorriendo las calles de Quito, nunca se sabe cuándo las historias son parte de la imaginación o de alguna realidad insospechada. En nuestros recorridos podemos redescubrir la vida, la identidad y los sueños. De allí que nuestra hermosa ciudad sea la inspiración de artistas y poetas que rinden culto a su belleza con sus pinceles y sus letras.



Es considerada una de las ciudades más bellas del mundo, gracias a los tesoros artísticos que posee, y la ciudad con el centro histórico más grande y mejor cuidado de Latinoamérica. Además, ha merecido algunos galardones como uno de los mejores destinos turísticos.



Razones sobran para que nuestra ciudad de Quito haya sido declarada por la UNESCO “Primer Patrimonio Cultural de la Humanidad”, el 8 de septiembre de 1978, junto con Cracovia, en Polonia. El arquitecto Rodrigo Pallares Zaldumbide, yerno de Benjamín Carrión, importante representante de la cultura de nuestro país, luego de desplegar una ardua difusión, logró que Quito fuera seleccionada entre varias ciudades importantes, algunas milenarias, como Roma.



Su particular belleza le ha hecho acreedora a nombres especiales, o apodos, como “carita de Dios” o “arrabal del cielo”. Aquí se dio el Primer Grito de Independencia en América, el 10 de Agosto de 1809, lo que le valió el nombre de “Quito, Luz de América”. Hay quienes la conocen como Ciudad Mitad del Mundo, o la capital más alta del mundo. En fin, tiene tantos calificativos como la inspiración de las personas puedan crear.

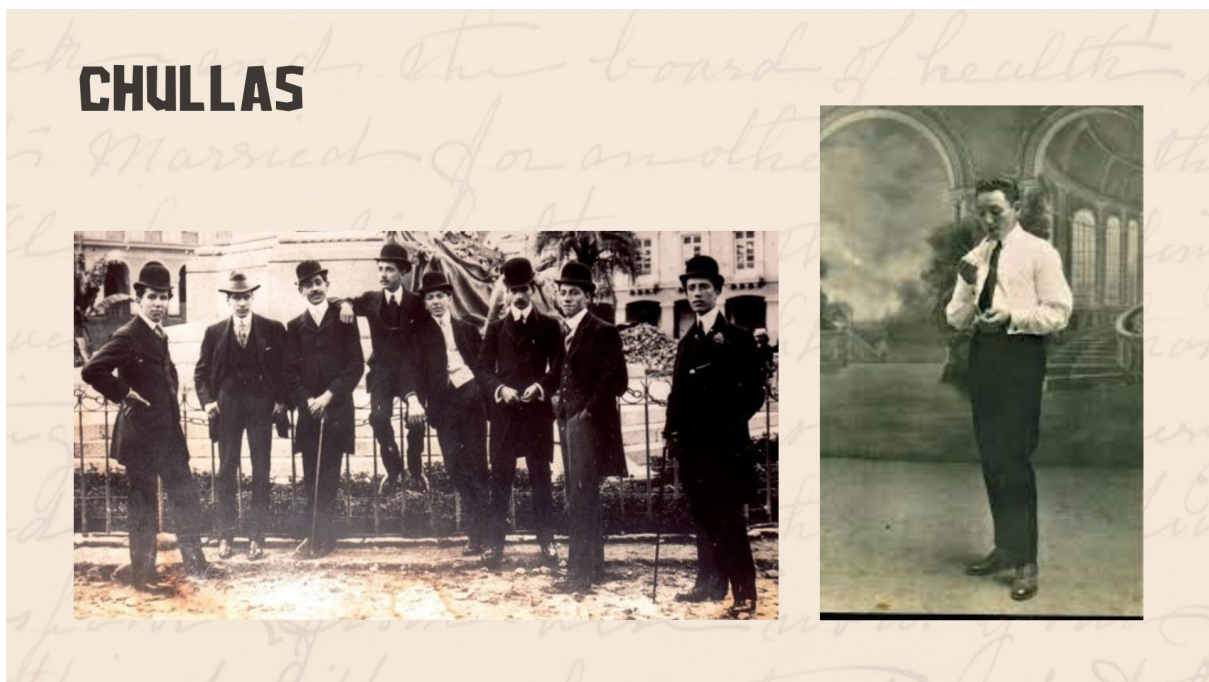


Nuestra capital ha inspirado cuadros, melodías, esculturas, fotografías, canciones, poemas, innumerables novelas y cuentos. Esta ciudad es la musa de muchos creadores que le rinden homenaje de la manera en que saben hacerlo.

El cantante y compositor Riccardo Perotti le compuso la canción “Tierra de luz”, en la cual llama a Quito “la novia de Dios”. Me complace mencionar el libro “Quito, arrabal del cielo”, del poeta Jorge Reyes y el poema “Quito sube a las estrellas”, del inolvidable periodista y literato Marco Chiriboga Villaquirán, musicalizado por autores ecuatorianos para enmarcar la voz inconfundible de este “chulla quiteño”, otro amante de la maravillosa ciudad capital, a la que bautizó como “Quito, ciudad de geranios”.

Numerosos literatos han escrito sobre Quito: el ilustre Juan Bautista Aguirre, nuestro inmenso poeta Jorge Carrera Andrade, candidato al Premio Nobel, Jorge Icaza, Abdón Ubidia, Javier Vásconez, Juan Valdano, Benjamín Ortiz Brennan, Lucrecia Maldonado, Sara Serrano, por mencionar algunos. Quizás la novela más emblemática sea “El chulla Romero y Flores”, de Jorge Icaza.

Quito es una inspiración, sin duda alguna. Cuando caminamos por su centro histórico o sus barrios tradicionales, sentimos un susurro poético en cada calle; los susurros de los diversos personajes que han dado vida a leyendas interesantes que sus habitantes cuentan desde tiempos de La Colonia. En los muros o detrás de las piedras creemos adivinar la presencia de duendes y de chullas, y no nos extrañaría demasiado toparnos con el chulla Romero y Flores en la Plaza Grande, El terrible Martínez por la calle Guayaquil, o con La Torera en el Parque de La Alameda.



En sus calles, en sus plazas, en sus iglesias de diversos estilos, encontramos tanta magia que es imposible dejar de percibir. Sus campanas nos dicen historias de otros tiempos y hasta el aire nos susurra cuentos, algunos de los cuales he capturado en unas pocas páginas, publicadas por la Editorial Eskeletra bajo el título “El aguatero prodigioso y otros cuentos”. Libro que escribí con la clara intención de lograr que sus lectores descubran nuestro Quito histórico y valiente, que los jóvenes que se

acerquen a su lectura aprendan a encontrar sus tesoros escondidos, sus personajes antiguos que todavía caminan por las callecitas empinadas.



He utilizado a Quito como escenario de un grupo de relatos que se suceden en diferentes épocas históricas, desde La Colonia hasta nuestros días. Pasean por estas páginas el aguatero, personaje mítico de La Colonia que cumplía una función vital en ese entonces al ser el encargado de llevar agua a los hogares; el sereno, especie de policía de la época virreinal, que habitó durante mucho tiempo las calles de Quito. Era el encargado de anunciar las horas durante las noches y madrugadas. Hace no muchos años, nuestros barrios contaban con un sereno, al que conocíamos como “el ronda”, ¿recuerdan? Paseaba por nuestras calles y tocaba el pito cuando consideraba necesario alertar a la gente por alguna anomalía que se presentara. Una especie de guardián nocturno.

EL SERENO

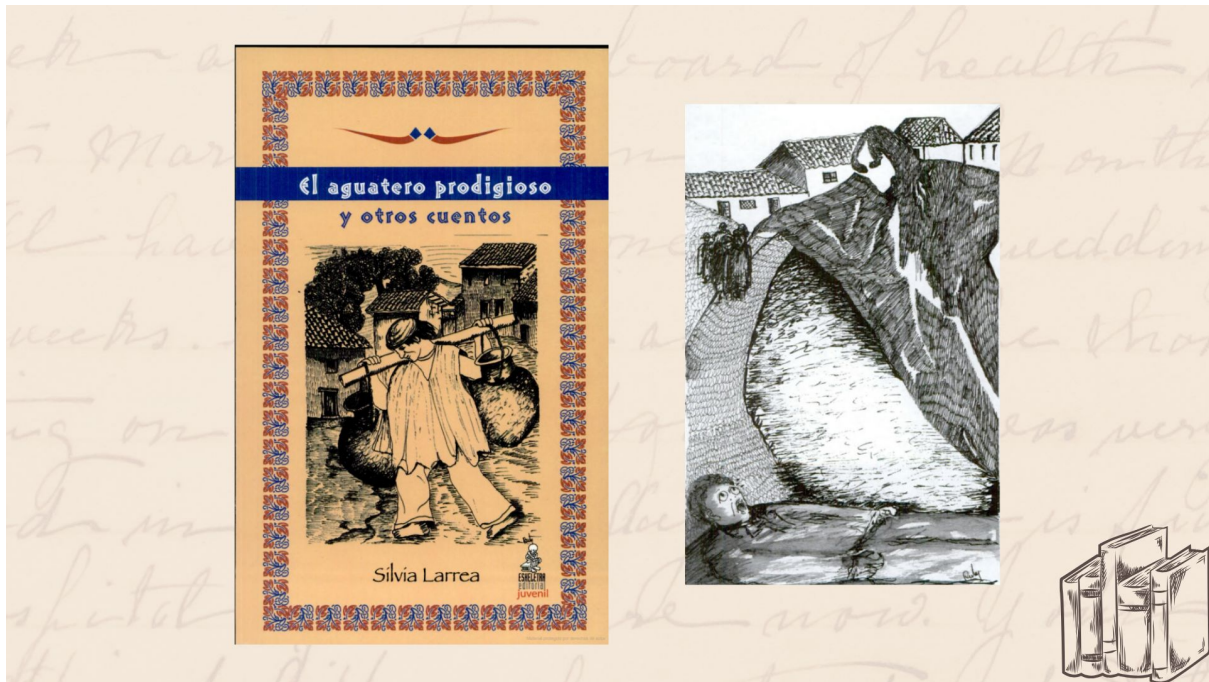


También encontramos al duende, quien ha existido siempre en la imaginación y en los juegos infantiles, porque todos, algún día, quisimos conocerlo. Hay quienes aseguran haberlo visto en los bosques aledaños o en los que existían antes de que nuestra ciudad creciera tanto, sin dejar casi ningún espacio verde.

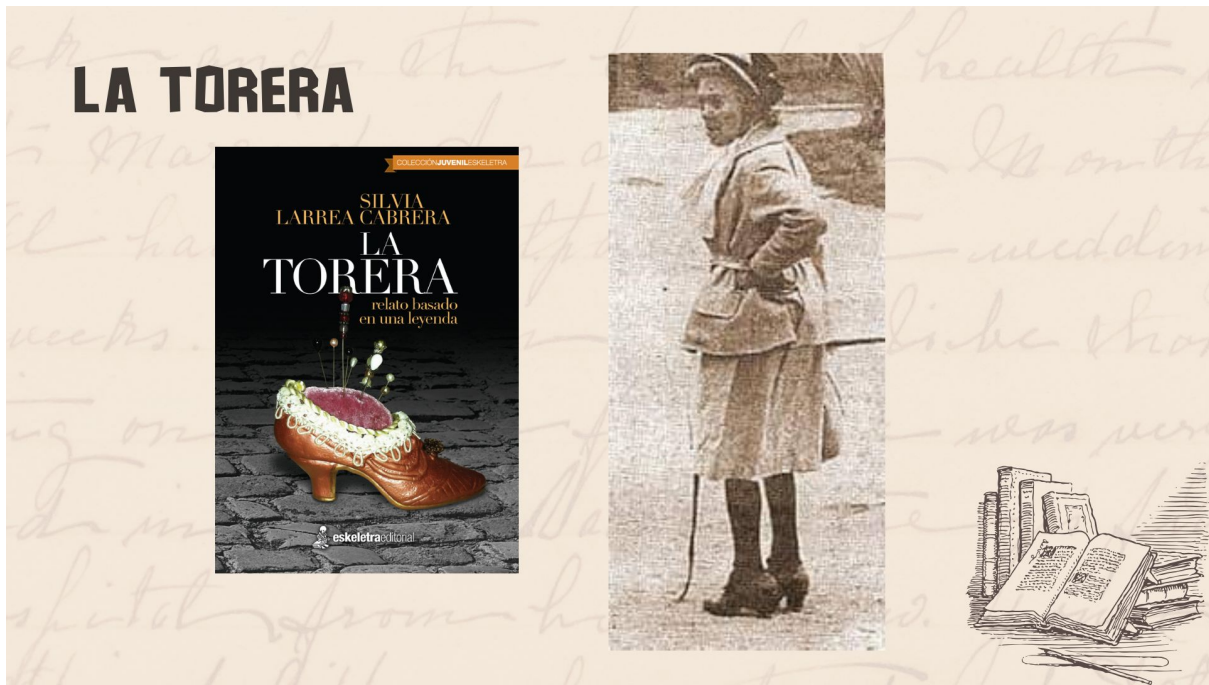
DUENDE



La ciudad de Quito es un personaje muy importante, desempeña un papel estelar. En sus barrios ocurren sucesos extraños y locas aventuras. En El Tejar, por ejemplo, cuentan historias antiguas, algunas de las cuales te ponen los pelos de punta y sirven de inspiración para otro de mis cuentos. La Mariscal no era antaño tan bulliciosa como ahora; allí pasé mis años juveniles e inspiró algunos cuentos más y mi última novela.



“La Torera: relato basado en una leyenda” es una novela corta, también publicada por Editorial Eskeletra, que pretende rescatar la memoria de ese inolvidable personaje de la ciudad de Quito. Exótica, elegante (a su manera), llamativa, divertida y al mismo tiempo adusta, doña Anita Bermeo caminaba por las calles con su bastón en mano. Su extraña manera de vestirse le valió el apodo, o quizás alguien se enteró de que había sido novia de un torero. Los niños la conocían por su mote y así la llamaban cuando la veían en sus largos recorridos por su amada ciudad. Ella respondía blandiendo el palo, su permanente compañero, y gritándoles palabras delicadas como: pillines, picarones, mozalbetes malcriados, las mismas que, a veces, los niños no entendían.



Los personajes principales son: Doña Anita Bermeo, La Torera; Azucena, una adolescente curiosa, y la hermosa ciudad de Quito, que las dos recorren con entusiasmo y cariño.

¿Cómo sería La Torera en la época actual?, ¿cuáles serían sus comportamientos y actitudes?, ¿cómo expresaría su sorpresa al ver el Quito de hoy?

En homenaje a ella, y antes de que su recuerdo se pierda en las páginas del tiempo, la he traído al presente, tratando de imaginar sus reacciones ante el descubrimiento de los cambios, obligados por la modernidad, que ha sufrido la ciudad, su ciudad.

Me voy a permitir leer unas palabras del escritor, poeta, filósofo uruguayo Eduardo Galeano, porque considero que, con su manera poética de decir las cosas, expresa una realidad y realiza una comparación hermosa de lo que escribimos con la vida que vivimos.

Quien escribe, teje.
Al fin y al cabo, texto viene del latín textum,
que significa tejido.
Con hilos de palabras vamos diciendo,
con hilos de tiempo vamos viviendo:
los textos son, como nosotros, tejidos que andan.

Eduardo Galeano

Tejemos con palabras cuando escribimos textos que andan, como nosotros, que también somos tejidos.

Al leerlo pienso en La Torera, quien tejía con sus pies las calles de Quito cada día. Caminaba por todos los lugares, calles, parques, avenidas, creyéndose responsable de su orden, su limpieza y seguridad, como si cada vez que pasara, con sus pasos fuera modificando, construyendo, mejorando la ciudad que tanto amaba.

Pienso que al mismo tiempo tejía sueños, entrelazaba ilusiones, componía pensamientos, y creo que todos ellos estaban dirigidos a Quito y sus gentes, de otro modo no se habría autonombrado la administradora de la ciudad. Cuando doña Anita llegó a Quito desde Ambato, trabajó en La Tejedora, empresa que luego tomaría el nombre de La Internacional... ¿coincidencia?

Quise recordarla con el cariño que guardamos hacia los personajes de nuestra historia, aquellas personas que se convirtieron en leyendas, para que no se pierda en el olvido y que las nuevas generaciones, quienes no la conocieron y tal vez no saben de su existencia, la conozcan al menos mediante la lectura, porque La Torera existió y adornó con su presencia nuestras calles.

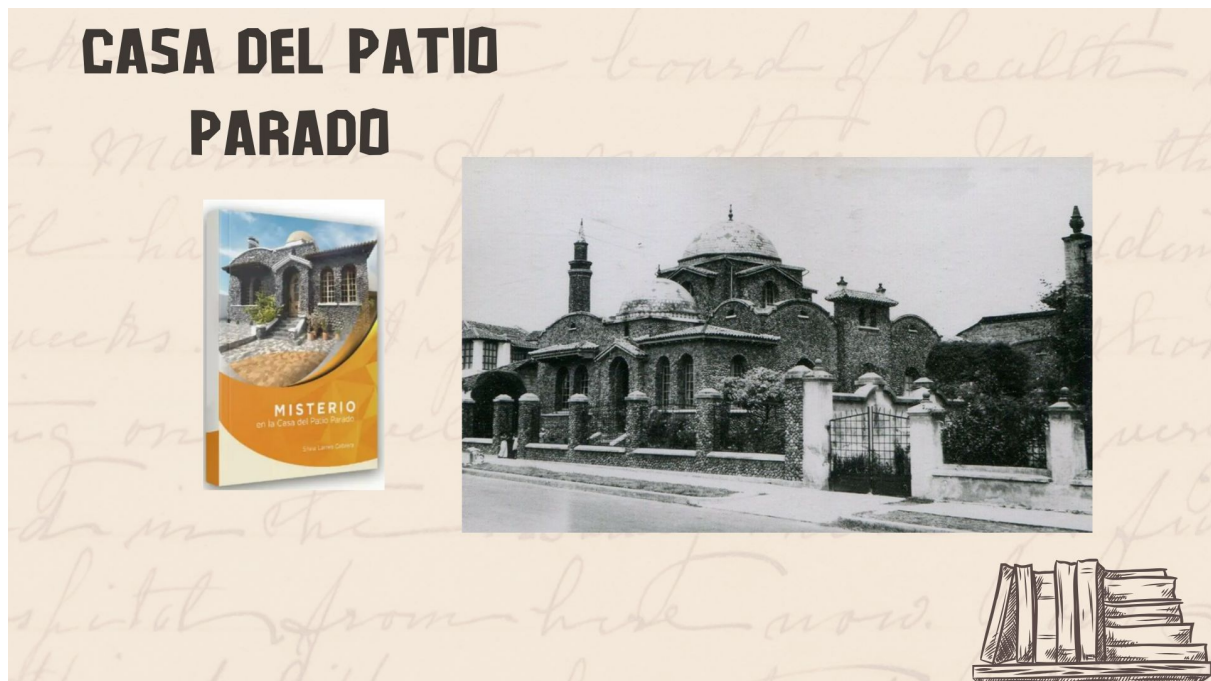
LA TORERA



También es un homenaje a Quito, al Quito personaje de cuento y de novela, al Quito de nuestra juventud y a la ciudad que habitamos actualmente que, estoy segura, está llena de personajes de cuento, de leyenda, de novela. La pena es que pasan desapercibidos pues sus habitantes caminamos de prisa, sin mirar, o mirando los celulares, que es peor.



Mi reciente novela “Misterio en la casa del patio parado” se desarrolla en el Barrio La Mariscal, en la Villa Vinci, construida para su vivienda, en el año 1937, por el constructor mexicano de origen italiano Rubén Vinci. El ingenio de los vecinos bautizó a este castillo con el nombre de La Casa del patio parado, debido a que Vinci utilizó piedras de canto redondo para recubrir su fachada, material que en esa época y durante gran parte de la historia arquitectónica andina se usaba en los patios de las casas.



Utilicé este barrio quiteño, y este castillo en particular, para desarrollar una historia de misterio que devela, además, algunos de los defectos que castigan a nuestra sociedad en estos tiempos.

Sería bueno redescubrir nuestra ciudad que se está perdiendo en la bruma de la tecnología junto con sus paisajes y sus inolvidables personajes que se van volviendo invisibles, y ayudar a los niños y jóvenes a descubrirla en todo su esplendor, porque Quito es una ciudad mágica, de esas que encantan, de aquellas que uno jamás quisiera abandonar.